

AGUI REPORTAJE

“Se hacían recitales en casas de familia con empanadas y vino”

—Uhhh, hice tantas cosas en estos años. En 1973 venía grabando discos, el último de esa época fue “Desde la madera”, con Víctor Pedemonte a dúo. Con Eduardo Nogareda y Julio Garategui teníamos un boliche que se llamaba “La Tapa”. En la calle Cerro Largo, allí donde está o estuvo hasta hace poco “La Tascá del Toro”.

Ahí se hizo canto popular, fueron desde Los Olimareños hasta Tabaré Echeverry, en fin, todo el mundo. Funcionó hasta una semana antes del 27 de junio. Entonces llevaba grabados ocho longplays como solista y cantidad de actuaciones en vivo con Mercedes Sosa y con Isabel y Angel Parra, por nombrarte gente de afuera. Con los de acá canté con todos: Los Olima, Alfredo, el Sabalero...

Después se siguió trabajando, por más que quedamos solo cuatro cantores en el país. Se fue mucha gente. Quedamos Víctor Pedemonte, Anselmo Grau, Tabaré Echeverry y yo. Eustaquio Sosa vivía en el interior y después estuvo trabajando en otra cosa. Tabaré actuaba en La Cumparsita y daba recitales. Con Anselmo Grau hicimos el primer “Canto para que estés” de la Asociación Cristiana de Jóvenes que llegó a ser uno de los pilares del nuevo Canto Popular. Uno de los lugares que nucleó más gente. Los prohibían dos por tres pero fue muy importante allá por 1979/80.

Grabamos una “Antología de Canto Popular” que incluyó además una canción de cada uno de los que no estaban... Hice también con Gentile un espectáculo con poesías, similar al que estamos presentando ahora con Cristina Fernández y Estela Castro. Participé en recitales en el interior y viaje mucho a Brasil, a Río Grande del Sur.

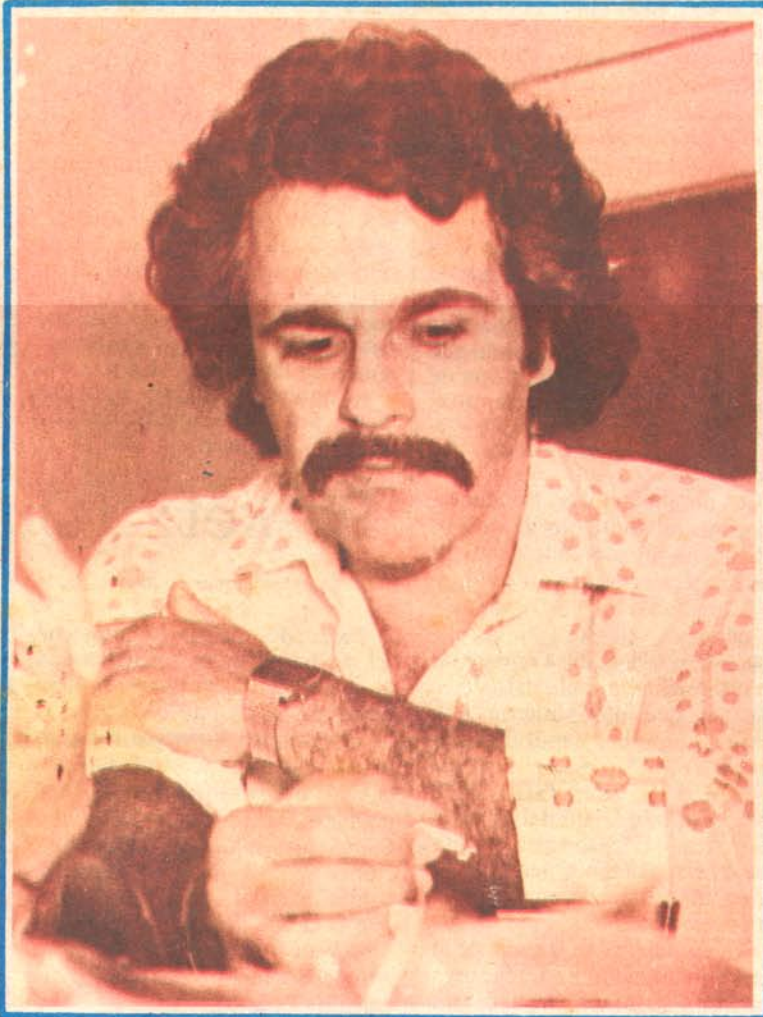
—De todos modos no podías, me supongo, vivir del canto que de por sí es difícil de lograr, aun en tiempos de libertad.

—Desde luego que no. Trabajaba en ANTEL como técnico de conmutación. Estuve hasta hace cuatro años que me dieron la “C”. No tuve más remedio que dedicarme por completo al canto.

La cosa nunca se paró. No es que desapareció todo el mundo, no hubo tal emigración masiva. Apareció gente nueva que empezó a trabajar y se quedó en el ambiente. En 1976 armé un espectáculo que se llamó “Inticanto” con Cristina y Daniel Queiroz en la Alianza Francesa y después en El Tinglado. Con él fuimos a San Pablo y a la vuelta montamos otro: “Ecos del camino”.

Cuando alguien, como Washington Carrasco, cumple 20 años con el canto lo lógico es que se le pregunte por toda su trayectoria. Sin embargo optamos por centrar la charla en los últimos once años y especialmente en los más duros o sea los que siguieron a 1973.

Repasando la azarosa vida del cantor se puede trazar una radiografía de ese tiempo de arbitrariedad, prohibiciones y listas negras que por cierto no ha concluido.



A partir de ese momento se abre un período de dos años durante los cuales estuve prohibido.

—¿De qué modo se enteraba un cantante que estaba interdicto por las autoridades? Llegabas un día al lugar del recital y te lo comunicaban, ¿o hubo en algún momento comunicaciones “oficiales”?

—Tengo varias prohibiciones en mi haber, tal vez algún día me decida a publicarlas. Aquiles Fabre-

gat las quería publicar en “Humor”, pero le dije que no era el momento. El sistema es muy sencillo. Le comunicaban a quien solicitaba el permiso para hacer el espectáculo que se podía realizar pero que tal persona no podía cantar.

—Me quedé pensando, sabés, en como podían convivir el músico y el técnico en electrónica, al margen de que obviamente era ese empleo una manera de ganarte la vida,

cuando el canto se podía hacer entre amigos únicamente.

—Lo que hacía en Antel no tenía nada que ver conmigo. Mi padre trabajaba en esa oficina y me consiguió un puesto en el que progresé estudiando y dando exámenes, pero a mí me gusta otro campo de la electrónica. Me interesa la parte de amplificación que tiene que ver con grabaciones y todo eso.

Antes de tocar la guitarra pintaba o sea que siempre estuve tratando de expresarme. Por suerte me “decidieron” a largarme a través de lo mío que es lo que estoy haciendo ahora.

—Desde que empezamos a charlar nombraste varias veces a Tabaré Echeverry por lo que descuento que para vos su temprana muerte significó una gran pérdida.

—Eramos muy amigos con el flaco. Era un tipo derecho, sin revés y aparte fue uno de los cantores más grandes que he conocido. Tenía una voz impresionante, pero fundamentalmente era un gran tipo.

—En aquellos años en los que se te prohibió cantar, ¿no pensaste en tomar el camino del exilio que transitaron muchos de tus amigos cantores por entonces?

—Yo no quería salir del país. La primera vez que sufrí un problema de ese tipo fue cuando, en 1977, estaba realizando un ciclo de tres recitales en la Alianza Francesa. Hice uno y al otro día la policía colocó en la puerta una franja que decía algo comiquísimo. Algo así como que quedaba suspendido el espectáculo, era como una franja verde.

Increíblemente a la semana me llega una carta de un amigo que vivía en Europa —no voy a decir de quién— que ya se había enterado de todo. Me decía que cuando quisierairme me mandaba el pasaje. Le agradecí pero me quedé.

Hubo una época muy linda y muy terrible en la que sólo actuaba en el interior o lo hacía en condiciones especiales. No me anunciaban, se corría la voz “mirá va a estar fulano en tal barrio, en tal lugar”.

Todo eso de la prohibición mía fue una cosa muy rara, como todas esas cosas. De repente estaba actuando en el Teatro del Centro con gran publicidad, me pedían de

otro lado y resulta que no podía hacerlo porque me prohibían...

Otra forma de eludir la medida eran los recitales en casas de familia, armados por grupos de cincuenta o sesenta personas en los que se cobraba entrada y se servía vino y empanadas. Era una cosa increíble. Se buscaban casas que tuvieran un living grande, y ahí pude cantar.

—Esas formas de resistencia ante la arbitrariedad, te decidieron a quedarte...

—Sí. Pasaron cosas que me hicieron pensar mucho. Nunca olvidaré de una madre que me dijo: “yo tengo un hijo preso, te agradezco que te quedes”. Pienso que una de las razones por las que me prohibían actuar era porque mi nombre estaba asociado al de todos los que no estaban. De los cantantes del Frente Amplio el único que estaba en el país era yo, porque Anselmo Grau se fue para Buenos Aires y Víctor Pedemonte a España. Me quedé solo, fue un momento muy bravo.

—Cuando piensas en esa época no tenés la impresión como que hubo un “corte” y que de ahí en más empezó otra historia. Por lo menos a mí me pasa.

—Hubo momentos que sin quererirme pensé en dejar de cantar porque me preguntaba: ¿cantar para qué? ¿para quién? Me pasó incluso una cosa muy curiosa que le pasó también a otra gente, pero afuera del país. No escribí más. Yo hacía canciones, buenas, malas, regulares, pero hacía canciones que no pude hacer en esa etapa.

Recién ahora empecé a arriesgarme otra vez a escribir. También influyó para la decisión de quedarme las noticias que me llegaban de la gente que estaba en el exterior sobre lo mal que la pasaban y como querían estar acá. Hubiera sido otro para pasarla mal y estando en el Uruguay por lo menos algo podía hacer, por poco que fuera.

—¿Para vos fueron once largos años, cómo se dice comunmente?

—No, siento que pasaron rápido, aunque te confieso que nunca me había puesto a pensar en eso. Ahora que me lo preguntas te diría que no lo pienso como algo que transcurrió lentamente.

Pasaron cantidad de cosas en el país y en mi vida particular. Cosas a las que uno estaba atado y que de pronto se quebraron, se quedaron por el camino, pero igual me parece que no fue tanto tiempo. Para eso fue fundamental para mí conocer y trabajar con gente nueva. Y cada día estar más seguro de lo que estaba haciendo. En cierta forma y sin llegar a creer, por supuesto, que era indispensable, llegué a sentirme útil.

analgesico

ZOLBEN analgesico

analgesico

ZOLBEN analgesico

analgesico

ZOLBEN analgesico

analgesico

ZOLBEN analgesico

analgesico

ZOLBEN analgesico

Potencia analgésica sin daño en el estómago. CIBA-GEIGY